

En el limitado mundo insular.

Entrevista con el escritor José Javier Hernández

Osmán Avilés

Estudiante de Maestría
Programa Graduado de Estudios Hispánicos
Recinto de Río Piedras
Universidad de Puerto Rico

José Javier Hernández es un autor español nacido en Tenerife, Islas Canarias, territorio del que se siente parte inseparable hace más de medio siglo. Su vida aparece unida a historias y costumbres heredadas de sus ancestros por las que descubre un afecto especial casi devoto.

Su simpatía y maneras de ser cercano, lo hace un ser entrañable, acreedor de numerosos amigos, razón por la que Eduardo Galeano reconociera en él su oficio de amiguero. Por eso, no es extraña la infinidad de saludos que encuentra a su paso, sobre todo, cuando camina por las calles del Puerto de la Cruz, el pueblo de su infancia y primera juventud.

De su tiempo como profesor de lengua y literatura inglesa le queda la costumbre de leer retirado, pero también compartir sus impresiones con quienes gozan del privilegio afín a la imaginación y al grato pasatiempo de la lectura.

De esa costumbre por comunicar, su experiencia y su poesía transcurren en un tiempo interior, expresión de una particular sensibilidad y representación del mundo. Acercarnos a su tiempo es vivir una excepcionalidad que impacta en un instante memorable, dejándonos esa dimensión de encantamiento tan real como místico.

Por fortuna, nuestro diálogo a modo de entrevista es obra de ese acercamiento, adonde nos invita con su carismática sujeción de permanencia.

O.A.: Narrador, poeta y ensayista, ¿cuál es el género de tu preferencia?

J.J.: Bien, como lector me inclino más hacia la narración. Me atraen esas páginas repletas de historias bien contadas. Pero a la hora de escribir es el verso lo que, en mi caso, mejor transmite el sentimiento lírico, la emoción; es donde mejor me expreso y comunico. El verso es más conciso, más libre, juega de otra manera con el léxico, y cuando realmente conectas con él puede que te hable al oído. El verso que te habla recuerda más al cine y su lenguaje. Sin embargo, tengo una novela concluida que lucha por abrirse paso y salir a la luz. Es el trabajo al que más tiempo he dedicado, hay mucho de mi tierra y de mí en tanto renglón perdido.

O.A.: ¿Qué autores de la literatura española y aún de otras latitudes han influido en tu formación?

J.J.: Cada momento ha tenido su propio grupo de escritores. Con ellos me identificaba plenamente, y aprendí a crecer con ellos. Luego aparecían otros autores que se acercaban de otra manera al concepto de lo que andaba buscando, lo que yo creía que debía de ser la literatura. Y así, en etapas sucesivas, he ido cerrando y abriendo puertas y ventanas que me acercaban más a mi ideal literario, a lo que pensaba que la literatura debiera de ser.

Sin embargo, hay escritores a los que he tenido siempre de mi mano.

Con asombro lo digo, y también como anécdota, que, de muy jovencito, devoraba textos de los trágicos griegos. Aun hoy me sigue atrapando con fuerza la grandiosa crudeza de aquel lenguaje de los clásicos. Siempre pensé, medio en broma, si en aquel tiempo mi familia, a tenor de mis lecturas, no habría barajado la posibilidad de una visita al psicólogo por esta rara inclinación literaria a tan temprana edad. No hubo remedio que frenara ese interés por la solemnidad de aquellos diálogos. Aún hoy un ejemplar de Esquilo puede estar rondándome por la mesa de noche de mi cuarto. Esos clásicos, siempre están conmigo.

O.A.: ¿Cuál ha sido la mirada de José Javier Hernández hacia la Literatura Hispanoamericana?

J.J.: Ha sido sin lugar a duda una mirada cercana. Me explico: mirada de mucha hondura, pero sin mar por medio que obstaculice y separe. No es tópico afirmar que lo americano llegó siempre a estas islas cargado de bonanza. La literatura latinoamericana, como el paisaje, la música, el idioma, la gastronomía y los afectos, no se nos aparece de pronto como algo extraño y extraviado. La América Latina, en toda su medida, es familia grande que se siente por acá como propia, y su literatura es expresión de realidades que, pese a la distancia, son fácilmente asumibles. Eduardo Galeano, durante su exilio en Cataluña, se venía para estas islas Canarias buscando los matices que tanto le recordaban a su Uruguay del alma. Y regresaba a Calella, su tierra de acogida, con otro talante, y me lo contaba como si hubiese recibido un regalo. Eso puede resumir muchas cosas. También conocí a Dulce María Loynaz. Fue aquí en Tenerife y, aunque no alcancé a leer sus versos y su prosa hasta mucho más tarde, siempre me quedó la impresión de haber estado junto a una poeta de verdad, con su sonrisa de poeta y sus andares y sus gestos de poeta. Así lo creía.

Nosotros los isleños, recordémoslo también, fuimos durante siglos gente que emigraba hacia esos lugares que están más allá del horizonte donde el idioma común nos recibía con los brazos abiertos.

O.A.: ¿Cómo ha sido tu apología del idioma español en el marco de la creación literaria?

J.J.: Cuando se nace en el ámbito de un idioma, este se torna enseñada en vehículo que va a definir tu vida. Ninguna acción, ningún hecho de mayor o menor relevancia puede quedar excluido de este medio de comunicación tan esencial, tan rabiosamente bello. Cuando esa comunicación salta al campo de lo que es estrictamente literario, la palabra se vuelve además sentimiento listo a expresar realidades y emociones que brotan espontáneamente. Luego está ese contacto

del castellano, que es nuestro ejemplo, con culturas tan diversas que coexisten en un espacio amplio y continental, y lo vuelven idioma rico y cargado de las vivencias que recogió al otro lado de la mar.

O.A.: Intelectual orgánico que cultiva la poesía y la narrativa, te has interesado también por la historia. Cuéntanos al respecto.

J.J.: La historia siempre está presente. Estamos hechos de historias, no de átomos como afirma la Ciencia; y ella, la historia, conforma nuestra vida. La Historia grande de los acontecimientos también me interesa. Pero finalmente me he afianzado mejor en la historia que más incide en los hechos locales, la pequeña y elocuente historia a veces oral y a veces escrita de nuestros campos y de nuestros pueblos, la historia chiquita, pobre, denigrada en muchos casos, de nuestra gente.

Recuerdo que en cierta ocasión me interesé por el origen de una ermita, un espacio aislado en medio de los campos. Mi abuela me instaba a pasar por esa edificación de culto y mirar por el agujero que dejó un nudo desprendido de la madera en la puerta. Esa ermita de San Amaro se convirtió en libro en el cual la observación, la tradición oral y la investigación directa en las fuentes fueron primordiales. Por cierto, la prologuista de este trabajo mío que se llamó *San Amaro y su ermita en el Puerto de la Cruz*, fue la insigne poeta cubana Serafina Núñez a la que tanto quise, la amiga de Juan Ramón Jiménez que, impedida por último de la visión de sus ojos, se afianzaba a mis manos para desvelar el misterio por el cual mi voz no se correspondía, según su apreciación, con mi edad física.

O.A.: Muchas son las definiciones que el hombre ha querido dar a la poesía. Esta fuerza del mundo que se revela al infinito —como la ha concebido el poeta Édouard Glissant, nacido en otra isla, Martinica—, ha tocado tu corazón. Si te pidiera tu propia definición sobre poesía, ¿cómo comprenderías su existencia en el mundo?

J.J.: Creo que la contestación a la pregunta solo servirá, querido Osmán, para añadir una definición más, entre cientos que pudiera

haber, a un arte que es altamente indefinible e inabarcable en su proyección. Seguramente mi respuesta sería en cualquier caso nada compleja, porque mis versos tratan del ser humano desprovisto de todo adorno, casi desnudo, y, con él de la mano, la naturaleza en la que intenta buscar un acomodo. Las altas estrellas, si las hubiere, se describen como materia cercana que ayuda a caminar con otra precisión, a marcar los rumbos y las estaciones, no como un asunto etéreo, infinito y despegado de la realidad. La poesía que escribo nace para contar una única verdad que es la verdad del poeta. No más verdad que la que señala el pintor con sus pinceles o el dramaturgo cuando en sus escenografías teatrales cuenta también la suya.

O.A.: Cuéntanos sobre el libro más reciente publicado, ¿qué puede encontrar el lector en sus páginas?

J.J.: El más reciente se titula *El cielo habla con los árboles de la noche*. Es poesía de breves silencios, poesía inmediata y próxima que toca un universo interior seducido por los recuerdos de las personas que conocí y ya no están. He querido que ese recuerdo asome a las páginas del presente libro para referir lo más grande y lo más pequeño de su cosmos, lo que para esos seres fue decisivo.

O.A.: Como autor nacido en una de las siete islas afortunadas del Archipiélago canario y de alguna manera en desventaja con los autores de la Península española, generalmente donde se encuentran escritores con más oportunidades y con mayor éxito, ¿cuál ha sido tu visión en torno a dicha brecha geográfica?

J.J.: Pues, sobre todo, se me ocurre decir que no somos tan afortunados como expresa el tópico. Sí es cierto que tenemos un clima muy benigno, un paisaje muy variado y un dialecto precioso que nos agrada reproducir y compartir, en eso somos muy afortunados. Pero todos los inconvenientes de la distancia con el continente europeo que nos regula y organiza la existencia, están presentes, y la desigualdad de oportunidades en este y otros campos es evidente, lo palpamos a diario, nos aísla aún más.

O.A.: ¿Qué otras formas artísticas colindan con tu universo y necesidad de recrear el mundo?

J.J.: Soy feliz con poco: amo nuestros caminos empedrados de toda la vida, cuajados de tabaibas o de brezos según los niveles de altitud; amo los olores que emanan de la tierra y del mar; disfruto con las manifestaciones culturales menos contaminadas de los pueblos, sus fiestas y sus juegos; y amo sobremanera el lenguaje de las dos generaciones anteriores a la mía que lucha por sobrevivir, atosigado por la supremacía e imposición de los medios.

O.A.: Autor que ha vivido más de medio siglo y conocido varias partes del orbe, ¿qué lugares te han apasionado más y cómo ves el mundo en la actualidad?

J.J.: Todos los lugares me han enseñado algo. Todo lo que visité me ofreció lo mejor de sí, aún sin buscarlo. En todos volqué, a cambio, mi sensibilidad. Bastó con apreciar la música de sus fuentes, de sus ríos; el palpito de sus campos y de su gente. No me decidiría por ninguno en concreto, y sí me abrazaría a todos ellos a la vez, porque de todos recibí ese poso que se me quedó y guardo como un tesoro. Sí, me he sentido gozosamente acogido en todos los pueblos de la tierra que he visitado.

En relación a la segunda parte de tu pregunta: falta un buen ejercicio de voluntad para imaginar siquiera que nos encontramos a gusto en este desigual planeta. No existe una actitud propicia para hacer que las cosas funcionen medianamente bien. Tenemos la duda de que quienes rigen el mundo sean siempre las personas más adecuadas para hacerlo. Esto me produce una gran tristeza: ver lo poco que se ha aprendido de tanto que se ha vivido y experimentado.

O.A.: Y toca el turno a una pregunta que versa sobre una hermenéutica menos superficial que lúdica, aunque no sabemos nada más allá del Umbral. En definitiva, si volvieras a nacer, ¿te gustaría vivir en una isla? Arguéntanos.

J.J.: Esa es una pregunta doliente para hacerla a un isleño de sensibilidad y reflexión. La respuesta será casi siempre una gran mentira, y por eso cuesta responderla. Te diría que la isla encierra, que la isla aísla, que cuenta los pasos y obliga a dar vueltas y más vueltas como en una plaza redonda, que la isla te separa de todo lo de fuera, te impide conocer mundo, abrirte a otros territorios. Pero no es toda la verdad. Aunque el isleño no lo reconocerá, sabe que el mar une directamente a millares de puntos de la geografía. Basta con mirarlo y mirar al horizonte. El isleño sueña esos lugares que tiene enfrente, nace con la mirada puesta en esa línea del horizonte que ha de cruzar algún día. Ser tan positivamente receptivo es otra cualidad del isleño, que lo invita a volcarse en abrazos de efusividad hacia los que vienen. Y cuando está fuera, con ganas desea volver a esta especie de plaza fortificada, porque acaso añora sentirse aprisionado entre muros acantilados y nubes de salitre. Este es nuestro deseo, es nuestra frustración y por descontado, es el destino que genéticamente hemos asumido. Criatura de isla, diría Dulce Loynaz, que vuelve cuanto antes para sentir el abrazo de la tierra escueta, perfilada en lo azul.

O.A.: Antonio Machado, preocupado por su ahora, decía que “ahora es el momento de cumplir las promesas que nos hicimos”. ¿Qué añadirías a esta exégesis en relación con el ahora de tu vida?

J.J.: De momento me siento con fuerzas para seguir batallando, indagando, resistiendo. Pero la vida se acaba y llegará un momento en que ella diga «punto». Mientras eso no ocurra me he propuesto abrir todas las gavetas, ajustar mis espejuelos, revisar mis papeles, poner al día muchas cosas. Seguir leyendo y seguir viajando que, según dicen, son la misma cosa; que, cada vez con menos fuerzas, el limitado mundo insular donde me muevo siga contando conmigo para lo que sea, porque allí donde haya papel, bolígrafo y una ventana, me sentiré sumamente dichoso. Hasta que se me permita seguiré mirando hacia adentro por el agujero abierto en la puerta de la ermita de San Amaro. Antonio Machado no conoció esa ermita con ese agujero del tamaño de un ojo, pero seguro que lo hubiera entendido desde esa perspectiva de su ahora y de mi siempre.